

«¿Tú crees en las hadas, Peter?» Le preguntó Campanilla. «Sí, yo creo en las hadas».

Muchas veces querríamos que hadas mágicas llegaran y nos permitieran, con su poder, volar sobre todas las cosas aburridas, dolorosas y difíciles de la vida.

Hace tres meses yo deseaba que una de ellas llegara para quitarme toda la decepción que sentía por lo que había pasado con el otro voluntario. Nos había dejado de un día a otro: no era la primera vez que sufría un abandono, sin razones, aunque esto no tenía ninguna competencia con el otro, más antiguo.

Quería dejar mi sueño de escribir un cuento para niños, de darle forma a mi proyecto personal en el voluntariado con la Fundación Alonso Quijano. Además echaba mucho de menos a mi familia y a mis amigos. ¿Porqué seguir aquí? Lejos de todo mi mundo, siempre cercana a la decepción.

No importa el lugar donde me encuentro, mis miedos y mis cicatrices siempre se esconderán entre la ropa doblada de mi maleta para irme.

«¿Tú crees en las hadas, Peter?» le preguntó Campanilla. «Sí, yo creo en las hadas»

Hoy estamos a 22 de abril. Son las 22,35 mientras escribo el resumen de lo que me ha ocurrido en estos últimos dos meses. Esta mañana hemos estrenado “Vuelacuento” y los niños lo han pasado genial. Y es solo el inicio.

¿Qué es Vuelacuento? Pues..Vuelacuento es mi sueño, hecho realidad. Es mi vuelo después de que, hace tres meses, estaba pensando en encerrarme en mi capullo de nuevo.

Un día elegí nadar en las olas de mi imaginación, en lugar de ahogarme en el sufrimiento de la decepción. La vida me había dado otra vez más una carta que no me esperaba y con esa tenía que escribir mis días: podía quedarme en el barco de las añoranzas, o bajar y nadar en el mar de la vida.

Elegí bajar, aunque no sabía a donde ir. Pero sabía de donde venía.

Saqué mi maleta llena de sueños y me acordé de mí, la chica extranjera que había llegado allí, hace algunos meses. Había luchado durante años para llegar allí, lista para escribir un nuevo capítulo de su vida.

Su pasado había vuelto un montón de veces, como una tormenta de nubes negras, lista para quitarle sus sueños.

La bruja de sus tormentas interiores le estaba preparando de nuevo su poción mala, capaz de devorar sus sueños, ¡otra vez más!

La chica extranjera, en la noche oscura, contó sus deseos a las estrellas que supieron escucharla y ayudarla a expresarse. La luna, entretanto, le sonría: ella sabía iluminar a los soñadores porque ella era la primera soñadora del mundo.

Había noches frías, pero la chica extranjera podía sentir todo el calor del amor y del apoyo de su familia y de sus amigos. No hacía falta que fueran lejos, ella llevaba este sol por dentro: había crecido gracias a eso. Pero fuera, la chica extranjera había perdido su luz: su sonrisa estaba encerrada en su capullo.La bruja estaba venciendo, gracias a sus lágrimas extranjeras.

Un día la chica, extranjera para sí misma, escuchó con coraje su voz. A pesar de los retos los que tenía que enfrentarse, empezó a escribir un cuento para niños como ella.

Niños que, con empeño y voluntad, se dan la oportunidad de despegar las alas de sus sueños.

Esta mañana, mientras contaba el mágico mundo de Vuelacuento, me parecía soñar y las sonrisas de los niños me han contado que mi sueño estaba cobrando vida.

«¿Tú crees en las hadas?» le preguntó Campanilla. «Si, creo en las hadas» y Peter voló.

Creo en las hadas que llevo dentro y, gracias a ellas, vuelo como una mariposa. Encerrada en mi capullo durante mucho tiempo, mi vuelo es un vuelo de libertad y vida.

A los personajes de la película de mi Sve, quiero añadir Peter Pan. Porque por cada Peter Pan que espera a una hada para volar, hay un Peter Pan, como yo, que ha aprendido a volar, creyendo en sus propias hadas.

